

## EURIALO E LUCRECIA

CARTA DE ENEAS SILUIO, DESPUES PAPA PIO SEGUNDO, A MARIANO SOZINO, QUE LE DEMANDÓ LA COMPOSICION DESTA HISTORIA DE DOS AMANTES.

Cosa no conueniente en mi hedad y a la tuya muy repugnante y muy contraria me demandas, que es lo que yo cercano a quarenta años escreuir y tú de cincuenta oyr nos conueniga del amor. A los animos juvenes las tales cosas deleytan y coraçones tiernos demandan. Los viejos tan ydoneos son para tratar amores como los moços para discrecion, ni hay cosa más difforme que la vejez que los autos de luxuria sin fuerças dessa. Fallaras algunos viejos amantes, y amado ninguno, porque a las dueñas y moças aborrecible es la mucha hedad. De ningun amor se prende la henbra, sino del que en hedad florece. Si otra cosa oyeres, engaño es. Yo conozco, en verdad, que tratar de amores no me conuiene, porque passo ya el medio dia y me lleuan a la tarde. Mas assi como desconueniente a mí el escreuir, assi vergonçoso a ti es demandarlo. Yo deuo ser obediente, tú lo que demandas mira: quanto en hedades mayor, tanto más soy obligado a las leyes de amistad guardar; las quales, si tu justicia no ha verguença quebrantar mandando ni mi locura traspasar obedeciendo, tantos son en mí tus beneficios, que nada de lo que pides podre negar, aunque aya mezcla de torpeza. Ya por diez veces importunado, obedecere tu mandada, y de aqui adelante no negaré lo que con tanto heruor me pides; no empero como lo quieres: auiedo tanta sobra de verdades, para contar vsaré de ficion poetica. Quién es tan malnado que mentir quiera, pudiendo con verdad defenderse? Y porque tú muchas vezes fueste amador, e avn agora de encendimiento no careces, quieres que de dos amantes sea el tratado. Luxuria es la que no dexa ser viejo; sere a tu codicia obediente: yo porne começon en essas tus enfermas canas. No fengire donde ay tanta copia de verdad. Qué cosa ay más comun en la redondez de la tierra que el amor? Qué ciudad, qué villa, qué familia carece de enxemplos? Quién llegó a treynta años que por

causa del amor no hiciesse hazañas? Piedra es o bestia el que fuego no sintio. Yo de mí hago congetura, a quien el amor en mil peligros enbió; dó a los soberanos muchas gracias, que las assechanças contra my algunas vezes puestas, escapé más bienaventurado que Mares, el qual, dormiendo con Venus, enlazó Vulcano con la red de hierro, y por escarnio lo mostró a los otros dioses. Mas de otros e no de mis amores fablare; porque, las viejas cenizas reboluiendo, no falle alguna centella biua que me encienda, escriuire vn maravilloso amor poco menos increyble, por el qual dos amantes locos el uno en el otro se encendieron. No vsaré de enxemplos antiguos ni caducos por vejez, más hechos ardientes de nuestros tiempos contaré; no de Troya ni Babilonia, mas amores de nuestra ciudad oyras, puesto que el vno de los amantes so el cielo setentrional aya nacido. Algo de prouecho por ventura de aqui emanará, porque la moça que en argumento viene, entre los lloros y gemidos la indignante e triste ánima lançó; el otro, despues de aquello, nunca en verdadera alegría participó. Sera amonestacion a todos, que de los engaños e mentiras se guarden: oyan, pues, las moçaluillas, e auisadas deste casamiento, empos de los amores de los mancebos no se vayan más a perder. Enseña tambien la ystoria a los moços que en la requesta de las mugeres no anden mucho sollicitos, las quales mucho más de hiel que de miel tienen; mas, dexada la laciua que los hombres torna locos, al exercicio de la virtud se den, que sola sus poseedores puede hazer bienaventurados; y en el amor cuántos males se ascondan, si alguno de otra parte no lo sabe, de aqui lo podra aprender.

COMIENÇA LA HISTORIA POR ENEAS SILUIO, POETA LAUREADO Y DESPUES PAPA PIO SEGUNDO, DE DOS AMANTES EURIALO FRANCO E LUCRECIA SENESA, DEL LINAJE DE LOS CAMILLOS.

Ya en todas partes es manifesto con cuánto honrra, con cuánta ponpa, con cuán solenne recebimiento el emperador Sigismundo entró

en la cibdad de Sena, donde tú e yo somos naturales. Fuele hecho aposentamiento cerca el templo de Santa Marta, en la calle que va a la puerta que llaman del Luzero; donde como acabadas las fiestas el emperador veniesse, quatro mugeres casadas, en nobleza, hermosura, hedad e atauio quasi yguales encontro, las quales si tres fueran, no mugeres, mas deesas las que se dize auer visto Paris en sueños se creyeran. Era Sigismundo, avnque de assaz hedad, a pendencia de amores inclinado, y en fablas y passatiempos con mugeres de honrra en demasia se deleytaua. Mucho le aplazian faoures y lisonjas de damas; ninguna cosa le era más suaua que la vista de illustres mugeres. Como a éstas vio, luego se apeó del cauallo y, metido entre las manos dellas, buuelto a los compañeros, dixo: «Vistes nunca hembras semejables destas? Por cierto yo está dudoso si son caras angelicas o humanas; en verdad a mi ver son celestiales».

Ellas, los ojos baxos en tierra, quanto más cargaua la verguença, tanto más crecian en hermosura. E derramada la bermejura por las mexillas, tal color daua a la cara como el blanco marfil teñido de purpura, o las blancas açucenas mezcladas con coloradas rosas; mayormente Lucrecia entre aquellas resplandecia, no en hedad de veynte años, de la familia o linaje de los Camillos, casada con Menelao, rico varon, indigno empero a quien tanta honrra seruiesse, antes por cierto merecedor que la muger le tornasse, como dizen, cieruo. Era la estatura de Lucrecia algo más que de sus compañeras: su cabelladura roxa en abundancia; la frente alta e espaciosa, sin ruga alguna; las cejas, en arco tendidas, delgadas, con espacio conueniente en medio; sus ojos, tanto resplandecientes que, a la manera del sol, la vista de quien los mirasse embotauan, con aquellos a su plazer podia prender, herir, matar y dar la vida; la nariz, en proporcion afilada; las coloradas mexillas, con yguale medida della apartadas; ninguna cosa más de dessear ni más deleytable a la vista podia ser; la qual, como reya, en cada vna de aquellas vn hoyo hendia, muy desseoso de besar de quien lo viesse; su boca, pequeña en lo conuenible; los beços, como corales assaz codiciosos para morder; los dientes, pequeños y en orden puestos, semejauan de cristal, entre los quales la lengua discurrendo, no palabras, mas suaua armonia parecia mouer. Qué dire de la blancura de la garganta? Ninguna cosa era en aquel cuerpo que no fuese mucho de loar, e la fermosura de fuera manifestaua bien la de las partes secretas. Ninguno fue tan honesto en la mirar, que no touiesse mucha enbidia de su marido. Eran sobre todo en su boca muchos donayres. Su palabra, qual es fama de la madre

de los Gracos, Cornelia, hija de Hortensio. No es cosa más suaua que su habla, no como muchas que con triste semblante fingen honestidad; ésta con alegre cara mostraua mucha templança. No temerosa ni muy osada, mas con un vergonçoso temor tenia en cuerpo de muger coraçon varonil. Sus vestiduras, ricas e de muchas maneras; no le faltauan collar y axorcas de oro, joyeles, perlas, diamantes y otras muchas joyas en abundancia. No creo la reyna Elena auer salido más galana quando, en lugar de Menelao, a Paris recibio; ni Andromaca salio tan loçana quando con el valiente Hector hizo boda.

Entre aquestas era Catalina Peruchia, que pocos dias despues passó desta vida; en las essequias de la qual fue el emperador, y ante su sepulcro, armó su hijo cauallero. Algo, empero, era menor la hermosura desta que de Lucrecia; todos en Lucrecia habluan, y a ella dieron la palma y el vencimiento. El Cesar en ésta ponía los ojos, a ella los boluia donde quiera que fuesse; nunca de sus loores hartaua su boca. E como de Orfeo se dize con su melodia lleuar enpos de sí los aruoles y piedras, assi ésta con su vista lleuaua los hombres donde queria.

Vno, empero, más que todos los otros fuera de toda medida ponía los ojos en ella; Eurialo Franco, al qual la gentil disposicion, hedad, estatura bien proporcionada e miembros a ella respondientes, dauan mucha habilidad para el exercicio de amores. Todos los otros cortesanos, por luengo tiempo gastado en seruicio del Cesar, auian consumido sus arreos y atauios. Este, assi por sus riquezas como por priuança del enperador, muchas veces recebia grandes dadiuas, e assi estaua proueydo que de continuo salia más galan e ricamente atauado, acompañado siempre de muchos criados e seruidores assaz luzidamente vestidos de brocado, seda e grana. Sus caualleros eran quales se dize el rey Meron a Troya auer lleuado. Ninguna cosa a éste faltaua para despertar aquel blando calor de ánimo, aquella gran fuerça de voluntad que llaman amor, sino el ocio y reposo.

Vencio, pues, la iuuentud y superfluydad de bienes de fortuna con que aquél se cria e despierta. Pudieron tambien las gracias e hermosura de Lucrecia; que a este mancebo que fasta entonces nunca fuera preso, subitamente con esta primera vista le vencio y metio en su seruidumbre que no fue más poderoso de sí. E de tal manera començo arder en el amor de Lucrecia, que quanto más se llegaua a su vista, tanto menos le parecia quedar satisfecho, antes con mayor ansia y desseo. E sin pena Lucrecia hizo esta prision. Marauillosa cosa que, assi como hasta alli catiuara caualleros y hombres

principales quedando libre, e Eurialo prendiera muchas damas y señoras de merecimiento, a la salud, assi al presente, queriendo el amor, recibí el vno en el otro la pena de sus culpas passadas, y en vna ora fueron presos. No, empero, en aquel dia ni mes Eurialo conoció el encendimiento de Lucrecia, ni Lucrecia de Eurialo, porque ambos se creyan amar en balde. Acabadas las ceremonias de aquel dia, buelta Lucrecia a su casa, todos sus pensamientos fueron en Eurialo, e los cuydados de Eurialo en Lucrecia. Quién se marauillará agora de la fablilla de Piramo e Tisbe, entre los quales los primeros mouimientos causó la vezindad, y por tener muy juntas las casas, por tiempo creció entre ellos el amor? Estos en ningun lugar antes de agora se auian visto, ni por fama se conocieran. El franconio e ella hetrusca, diferentes en lengua, en ninguna cosa comarcauan: solos los ojos hizieron esta guerra, el vno al otro aplaziendo.

Llagada, pues, Lucrecia de tan graue cuydado, e presa de ciego encendimiento, ya no se acordaua ser casada: a su marido aborrecia; en otra cosa no pensaua sino en la llaga que en el pecho tenia del semblante de Eurialo. Ningun descanso daua a sus miembros, e consigo pensando dize: «Qué es lo que me impide llegar a mi marido? No me contentan sus abraçados, no me deleytan sus besos, sus palabras me enahastian; la semejança del mancebo que estaua más cerca del Cesar tengo siempre ante mis ojos. Sacude, mal auenturada, si puedes, del casto pecho las concebidas llamas. O quién pudiese! Por cierto si en mi mano fuesse, no seria enferma como lo soy. Nueva fuerça me tiene forçada. Vna cosa amonesta el amor y otra la honestidad: conozco lo mejor, e apremiada sigo lo peor. O muger noble e fasta aqui muy señalada! qué tienes con el peregrino que hazer? por qué en el amor estrangero te enciendes? por qué el ayuntamiento de hombre de otra tierra desseas? Si tu marido te pone hastios, tu naturaleza te dara a quien ames. Mas ay de mí, mezquina, qué parecer de hombre! a quién no mouera su hermosura, edad, linaje y virtud? Ciertamente a mí mueuen e avn derriban de desesperar si no socorro los dioses dentro mejor. Oy hare traycion a los himeneos que son dioses de las bodas; darne he a vn auenedizo que, despues que de mí se hartare, al mejor tiempo me dexé e avn por ventura se hará de otra y del todo no curará de mí. Por cierto no tiene él tal parecer; gesto es aquel para engañar! La nobleza no le dexará fazer villania. La gracia de su hermosura no es tal de quien yo tema engaños: no olvidará mi amor, que la fe le tomaré antes. Para qué temere tantas cosas? yo porne mis faldas en cinta y trabajare de le

complazer, y assi despedire temor. Por auentura no so yo tan hermosa que me ame tanto como yo a él? Si por cierto, yo lo catuaré si vna vez lo recibo a mis besos. Quantos hombres de estado me codician, cuántos rodean mis puertas; todo esto sera causa que me ame: amandome, aqui lo terne, y si fuere, consigo me lleuará. Yo dexaré mi tierra y mi madre e a mi marido por él. Cruel es mi madre e a mis plazerés sienpre contraria. Pues el marido más lo quiero perder que hallar. La naturaleza alla es donde cada vno buie a su plazer. Que pierda la fama; qué me faze el murmurar de los hombres que no oyre? Quien no cura de la honrra sordo es: muchas otras de su voluntad hizieron esto mismo. Fue Elena lleuada, no la lleuó Paris por fuerça. Qué dire de Ariadna e Medea? No deue ser reprehendido el que con muchos yerra». Desta manera Lucrecia consigo razonaua.

Estaua la casa de Lucrecia en medio de la posada de Eurialo y el palacio del emperador. No podia Eurialo yr al Cesar sin ver a Lucrecia, que ya en lo alto de las ventanas se le mostraua siempre, empero con verguença quando la via, de lo qual el emperador se auisó del amor de ambos. De su costumbre caualgaua el Cesar muchas vezes a vna parte y a otra; y como viesse mudar el rostro de Lucrecia por vista de Eurialo que de continuo le acompañaua, como a Otauiano Mecenas, buuelto a él le dixo assi: «Eurialo, de tal manera enciendes las hembras? Aquella dama por ti se quema». E vna vez, como con embidia, llegando cerca la casa de Lucrecia, puso el sombrero ante los ojos de Eurialo, diciendo: «No veras agora lo que desseas; yo gozaré desta vista». Respondió Eurialo: «Qué señas son essas? señor. Yo no tengo con aquella dama pendencia: descortesia es grande infamarla poniendo sospecha a los que miran».

Tenia Eurialo vn cauallito vago, assaz loçano y brioso, muy hazedor a marauilla, el qual oyendo la trompeta no podia sossegar. Contornauase e engallaua el pescuezo, aguçaua las orejas, relinchaua y feria reziamente con las patas en el suelo, tascaua y mordia el freno que parecia quebrantarlo, reboluiase en derredor: tal era Eurialo viendo a Lucrecia. La qual, avnque en su retraymiento pensaua al amor cerrar camino, viendo a Eurialo no podia templar su encendimiento ni a sus desseos poner freno: mas como el campo seco que recebido el fuego mansamente se quema, mas si el viento se leuanta crece y sube la llama, assi la desuuenturada Lucrecia con la vista de Eurialo más grauemente se encendia.

Acaesce, en verdad, segun que a los sabios parece, que solamente en las pobres casas mora

la castidad y sola la pobreza de las passiones no sanas del ánimo es libre. En las ricas posadas no se aposenta pudicia. Qualquiera que con fortuna próspera se alegra, vicios y superfluidades tiene en abundancia; siempre busca las cosas delicadas, las quales de continuo la luxuria acompaña. Viendo, pues, Lucrecia muchas vezes passar a Eurialo, el ardor refrénar no pudiendo, vino en pensamiento de buscar a quien su secreto descubrir, porque quien calladamente arde más se quema.

Era entre los seruidores de su marido, Socias, aleman, anciano muy fiel a su señor, a quien ya mucho tiempo seruiera. A éste Lucrecia atreuidamente acometió, confiando dél más por la nacion que por la criança. Yua por la ciudad gran compañía de hombres principales, y el emperador emparejaua con la casa de Lucrecia; la qual como sentio a Eurialo:

«Ven aca, dixo a Socias, vn poco te quiero dezir: mira de lo alto de la ventana entre qué gentes puede auer juventud destos semejable. Mira sus cabelladuras roxas y encrespadas, los cuerpos derechos los hombros enhiestos. Qué rostros, qué cuellos como leche, qué disposiciones, qué personas, qué proporción! Otro linaje de varones es éste que no el que nuestra naturaleza cria. Estos, siempre son de los dioses. O generacion embiada del cielo! O si la fortuna me diera varon destos! Ciertamente si por los ojos no lo viera, nunca te houiera creydo, puesto que muchas vezes me lo as afirmado: entre todas las gentes es fama los alemanes ser muy auentajados de cuerpo y fermosura: creo por ser aquella tierra muy vezina del frio cria assi los hombres roxos e bellos. Conoces tú algunos dellos?

—Muchos, dixo Socias.

—Con Eurialo tienes conocimiento alguno? dixo Lucrecia.

—Como conmigo mesmo, respondió Socias; mas por qué lo preguntas?

—Dezir te lo he, dixo Lucrecia. Bien sé que me guardarás secreto, tal esperanza me da tu bondad. Sabete que de quantos acompañan al Cesar, ninguno me contenta más que Eurialo: en éste se endereça mi coraçon; no sé qué llamas me queman, ni a éste olvidar ni conmigo tener reposo puedo. Si no le hago entender mi voluntad, yo soy muerta. Ve, yo te ruego, Socias, a Eurialo, dile cuánto le amo. No quiero de ti otra cosa: no haras en balde mi mensaje.

—Que, yo, dixo Socias, esta aleuosia me mandas fazer? señora. Sere traydor a mi señor? Agora que soy viejo començare engañar? Lo que en la juventud aborreci hare en la vejez? O señora! acuerdate que eres del más limpio linaje desta ciudad. Sacude las abominables llamas del casto pecho. No sometas a cruel es-

perança. Mata el huego antes que te abrase. No se desecha el amor con mucha pena en los primeros acometimientos. Quien aqueste mal dulce lisonjeando cria, de muy duro y soberuio señor se haze sieruo; y no quando quiere puede sacudir el yugo. O si esto supiese tu marido, de cuántas maneras te despedaçaria! Cata que ningun amor se puede luengamente encobrir.

—Calla, calla, dixo Lucrecia, no creas es tiempo de auer temor: ninguna cosa espanta a quien no teme morir; qualquiera salida que el hecho aya yo lo sofriré.

—Dónde vas, perdida, malauenturada? dixo Socias. Sola tú infamaras tu casa y familia; sola en tu linaje seras adultera. Segura piensas que sera tu hazaña? Sabe que mil ojos miran por ti. No dexará tu madre tu maldad ser secreta, no tu marido, no los parientes, no los criados e criadas. Y que los sieruos callen, las bestias hablarán. Los marmoles, los rincones de tu casa todos seran en tu acusacion. E que a todos lo encubras, a Dios que todas las cosas vee no lo podras esconder. El remordimiento solo de tu conciencia y el ánimo lleno de culpas te traeran en mucha confusion e aborrecimiento de ti. A las grandes maldades nunca se guarda fe ni lealtad. Refrena, yo te suplico, las llamas deste maluado amor, lança tan mal pensamiento de la casta voluntad e teme mezclar ayuntamientos desonestos a los licitos del matrimonio.

—Bien siento cuánto es justo lo que dizes, respondió Lucrecia, mas el furor me apremia seguir lo peor. El ánimo sabe quánta destrucion se apareja, y a sabiendas se quiere perder. El amor furioso vence y reyna: con todo su poder se enseñorea de my. Determinada estó de obedecer. Assaz me defendi e mucho resisti, y a más no poder vencida le rendi mis fuerças: su catiua soy, no puedo hazer ctra cosa sino seguir su voluntad. Si de mí as compasion, lleua, yo te ruego, mi mensaje.»

Plaño y lloró mucho Socias, e despues de muchas lacrimas dixo:

«Por estas canas de vejez e cuerpo cansado en seruicio fiel de tu linaje, con mucha humildad te suplico despidas este furor, y a ti mesma ayudar. Creeme, que mucha parte de la salud es querer ser sana.

—No pienses, replico Lucrecia, que del todo me dexó la vergüença. Yo te quiero obedecer, y a este cruel amor que no se quiere por razon gouernar, yo lo vencere. Yo preuerné con muerte a la maldad; este solo remedio ay e deste quiero vsar.»

Espantado desto Socias, respondió: «Señora, templa tu saña, e este animoso coraje lança de ti. No creas que avn has cometido cosa por que deuas morir».

Después de un largo suspiro, dixo Lucrecia: «Determinada estoy de morir. La muger de Colatino castigó en sí mesma el pasado adulterio dándose la muerte, e bino su fama. Pues mucho más honrradamente preuerneré yo con muerte al delito, que biuiendo no puedo escusar. El linaje de aquella busco agora: con hierro, lazo, despeñamiento o ponçoña deuen-garé la castidad.

—No sofriré yo, dixo Socias, tu muerte.

—No se puede vedar al que quiere morir, dixo ella. Porcia, hija de Caton, muerto Bruto, como le quitassen delante los instrumentos con que se podía matar, comio brasas encendidas hasta que murió.

—Si tan desesperado furor en tu voluntad está arraygado, dixo Socias, más quiero remediar la vida que la fama. Tentemos agora este Eurialo, demos obra al amor. Mio sea este trabajo, bien me atrevere a acabarlo.»

Esto dicho, el encendido corazón de Lucrecia tornó a inflamar en el amor, e mucha esperanza dio a la dudosa voluntad. Mas no tenia pensamiento Socias de hazer lo que auia dicho: su cuydado era traer en pendencia el corazón de la moça y diminuyr la locura. Como el tiempo muchas vezes suele apagar las llamas y sanar semejante enfermedad, assi penso Socias con falsos halagos traer el corazón desta enamorada en dilaciones, hasta que el emperador partiesse o a ella se cambiase la voluntad. Creya Socias que si del mensaje se escusara, o se matara Lucrecia o buscara otro tercero. Muchas vezes, pues, fingio yr y venir de Eurialo, y él quedar muy alegre con el amor de Lucrecia; y algunas vezes decia no auer oportunidad de hablarle, y otras buscava caminos y causas de se ausentar e diferia el negocio para la buelta. Desta manera ceuó muchas vezes el ánimo enfermo, e porque en todo no mentiesse vna vez dixo a Eurialo: «O cuánto eres de las damas bien quisto, si lo supieses!» Ni a él, queriendo más saber, cosa respondió; antes se ausentó.

Herido, pues, Eurialo del arco de Cupido, segun que antes fue dicho, ningun reposo daua a su ánimo, mas el fuego escondido destruya todas sus venas, le gastaua los tuetanos. No empero conocio a Socias ni creyo que Lucrecia lo houiese embiado. E como todos tenemos menos de esperanza que de codicia, éste, como se vio arder muchos días, marauillado de su prudencia, muchas vezes a ssi mesmo reprehendia diziendo: «Cata, Eurialo, que si al imperio del amor te sometes, no te escusarás de luengos lloros, breues plazerres, poco reyr, mucho temor. Siempre muere y nunca acaba de morir el que ama. Dexa esta locura; qué provecho puedes tú sacar desta litiandad?»

Mas como en balde se esforçase, tornaua a dezir: «Para qué, mezquino, en vano trabajo de resistir al amor? A mí sera licito lo que a Julio. Para qué Alexandre y Anibal varones amados contaré? Mira los poetas: Virgilio subido por un cordel, en el medio camino quedó colgado, pensando gozar de los abraçados de su amiga. E que quiera alguno escusar al poeta como faorescedor de vida floxa y holgada, qué diremos de los filosofos, maestros de dotrinas y de arte de bien biuir enseñadores? En Aristotil como cauallito subio la muger, e con el freno lo apremio y aguijó con espuelas. Los dioses ygual poder tienen sobre los Cesares que sobre los otros hombres. No es verdad lo que se dize en prouerbio que no conuienen la magestad y el amor: quién es más amante que nuestro Cesar? cuántas vezes se ocupó en amar? De Hercoles se dize que fue muy valiente y del linaje de los dioses: empero dexado el carcax y el despojo del leon, tomó la rueca y guarnescio los dedos de esmeraldas, curó y puso en orden sus cabellos, e con la mano que solia traer la maça o porra, sacaua el hilo de la rueca y cogia en el huso. Natural es esta pasión avn a los brutos animales: las aues y toda cosa biuiente la sienten; para qué, pues, me pongo en resistir a las leyes de natura? Todas las cosas vence el amor. Yo aparejado está de le obedecer.»

Determinado en esto, delibró de buscar vna alcahueta con la qual vna carta embie a Lucrecia. Niso era muy fiel compañero suyo, maestro sagaz de semejantes cosas: éste tomó el cargo y alquiló vna vieja a la qual encomendo vna carta, la sentencia de la qual fue en la manera siguiente:

#### CARTA DE EURIALO A LUCRECIA.

«Saludarte hía, Lucrecia, en mi carta, si alguna salud touiesse; mas toda mi sanidad, toda la esperanza de mi vida de ti pende. Yo a ti más que a mí amo. No creo que mi amor te es escondido: mi cara llena de lagrimas te es verdadera señal de mi llagado pecho, e los suspiros que de continuo te embio lo manifiestan. Sufre con piedad y mansedumbre, yo te ruego, si mis ansias te descubro. Prendiome tu hermosura, e encadenado me tiene la gracia con que a toda sobrepajas. Qué cosa fuesse amor antes de agora no lo supe: tú me sometiste al imperio suyo. Confieso que mucho tiempo resistí por fuyr su forçoso señorío: vencio tu resplandor a mis esfuerzos, vencieron los rayos de tus ojos más poderosos que del sol. Tu catiuo e sieruo soy, ya de mí no se parte, tú me quitas el sueño, a ti los días y noches amo, a ti desseo, a ti llamo, de ti espero, en ti pienso, en ti me deleyto, tuyo es el corazón, tuya el ánima, de continuo conti-

go estan, tú sola me puedes amparar, sola destruyr, sola matar y dar la vida: escoje cuál desto quieres y aquello me escriue. No quieras contra mí ser más cruel con palabras que con los ojos que me prendiste. No demando gran cosa: que me hables te suplico; esto solo mi carta demanda, que lo que escriuo en presencia te pueda dezir; si esto me otorgas, por bienauenturado me tengo. Si lo deniegas, morira mi corazón que más que a mí te ama. Yo a mí a tu fe encomiendo: a Dios, ánima mia, socorro de mi vida.»

Como el alcahueta recibió la carta de Eurialo, luego a más andar se fue para Lucrecia, y fallándola sola, le dixo: «El más noble y principal de toda la corte del Cesar te embia esta carta y que hayas dél compassion te suplica.»

Era esta muger conocida por muy pública alcahueta: Lucrecia bien lo sabia; mucho pesar ouo que muger tan infame con mensaje le fuese embiada, y con cara turbada le dixo: «Qué osadia, muy maluada hembra, te traxo a mi casa? Qué locura en mi presencia te aconsejó venir? Tú en las casas de los nobles osas entrar, y a las castas dueñas tentar, y los legitimos matrimonios turbar? Apenas me puedo refrenar de te arrastrar por esos cabellos e la cara despedaçar. Tú tienes atreuimiento de me traer carta? Tú me fablas? Tú me miras? Si no ouiesse de considerar lo que a mi estado cumple más que lo que a ti conuiene, yo te facia tal juego, que nunca de cartas de amores fueses mensajera. Vete luego, hechizera, lleua contigo tu carta; avnque damela, despedaçarla he, e dare con ella en el fuego.» Y arrebatándole la carta, rompiola en pedaços, e acoceada y escopida muchas vezes, dio con ella en la ceniza. «Otro tal y avn peor hiziera de ti, dixo a la vieja, si mi honestidad no me refrenara. Vete, maluada, presto, no te halle mi marido y te dé lo que mereces; guardate de jamas en mi presencia parecer.»

Mucho temor ouiera otra qualquiera: mas ésta que sabia las costumbres de las dueñas, como aquella que en semejantes afrentas muchas vezes se auia visto, dezia consigo: «Agora quieres que muestras no querer»; e allegando más a ella dixo: «Perdoname, señora, yo pensaua no errar y tú auer desto plazer. Si otra cosa es, da perdon a mi ynocencia. Si no quieres que buelua, hecho he el principio, en lo al yo te obedecere. Mas mira qué amante menos precias.»

Esto dicho se fue, y hallado a Eurialo le dixo: «Alegrate, bienauenturado amador: de tu amiga más que amas eres amado. Agora no vuo lugar de responderte: hallé turbada a Lucrecia, e quando le di tu letra muy alegre la recibí, y mil vezes la beso; no dudes que luego

te escriuira». Assi se partio la vieja, y de allí adelante por no tornar al juego se escondio: temor vuo, si más palabras lleuasse, de traer palos.

Lucrecia, después que escapó la vieja, cogidos los pedaços de la carta, vno con otro los concerto: e las despedaçadas palabras de tal mane.a las tornó ajustar que bien se pudieron leer. Después que mil vezes la leyó, y otras tantas besó, embuelta en un pañezuelo la puso entre sus joyas: e de vnas y otras razones cada hora se acordando, de continuo en el amor de Eurialo más se encendia; al qual deliberó de escreuir, e vna carta desta manera notada le embió:

#### RESPUESTA DE LUCRECIA A EURIALO.

«Dexa, Eurialo, de esperar lo que alcançar no puedes. No cures más con mensajeros e letras importunarme. No creas que soy de aquellas que se venden. No soy la que tú piensas, ni tal a quien deuas embiar alcahuetas. Busca otra que desonrres; no creas amor en mí hallar lugar, si no fuese casto. Con las otras haz a tu plazer; de mí no demandes cosa que a ti se torne en daño e a mí en desonrra. Sabe que no eres dino de mí.»

Esta carta, avnque a Eurialo parecio muy dura, y a lo que el alcahueta le dixera contraria, abriole empero camino para embiar y rescebir cartas. No dudó Eurialo de fiar de quien Lucrecia daua fe; mas aflegiale el no saber lengua ytaliana; trabajó con mucho heruo de la aprender. Y porque el amor le hazia solícito e diligente, en breue tiempo la aprendio: y solo consigo ordenaua las cartas que primero le era necessario encomendar a otro. Respondió, pues, a Lucrecia lo siguiente:

#### REPLICA EURIALO.

«No soy de culpar si my desuentura quiso darme mal mensajero. Yo estrangero no podia en pocos días las costumbres de las mugeres de tan gran cibdad conocer: el amor causó que no vsasse de otro tercero. No creya que en tanta vejez e años houiesse desonestidad encubierta. Yo que lo honesto buscava, no juzgué sino lo de fuera. Creo, segun escriues, en ti ser toda castidad e limpieza: y esto encendio mi corazón en tu amor. La muger pródiga de su fama y honrra, más es dina de aborrecimiento que de amor. Si la pudicia e limpieza pierde la hembra, qué se puede en ella loar? La hermosura es bien deleytable, mas flaco e caedizo: si honestidad no la acompaña, de ningún precio la juzgo. La que el buen parecer guarnesce de castidad, es mucho de seruir y honrrar. E como

de ambas gracias seas dotada, no puedo mejor que en ti enplear mis seruios, los quales no piden cosa deshonestas que a tu fama pueda empescer, y porque aquellos mejor en presencia te pueda ofrecer, te suplico me mandes hablar.»

Assi dio fin a la carta, y cerrada y sellada la embió a Lucrecia con ciertas joyas en precio e obra muy ricas; las quales como rescibió Lucrecia, desta manera respondió:

LUCRECIA.

«Rescebi tu carta: ya no me quexaré más de la alcahueta enbiada. Que como lo dizes me ames, no lo estimo mucho; que ni eres solo el primero a quien mi hermosura aya engañado. Muchos otros me amaron e aman, mas assi sera vano tu trabajo como el de aquellos. Hablar contigo no puedo, ni avnque podiese quierro. No me puedes hallar sola, si no eres golondrina; altas son las casas y cerradas las entradas. Tus joyas rescebi: mucho me contentó la obra dellas; mas por no te quedar obligada ni parezcas tener esperança de mi amor, embiote vn anillo, la piedra del qual no es de menor precio que tus joyas: quiero parescer aver comprado de ti, e no graciosamente rescebido.»

RESPONDE EURIALO.

«Mucho me alegró tu carta, que dio fin a las quejas del alcahueta; mas mucha pena me da que mi amor tengas en poco. Avnque muchos, como dizes, te aman, ningun encendimiento de aquellos es de comparar al mio. Tú esto no crees porque no me hablas; si me oyesses, no me ternias en poca estima. Pluguiesses a Dios que, como lo escriues, podiese ser golondrina; avnque de mejor voluntad me tornaria pulga porque no tuuiesses poder de cerrar la entrada. No tanto tu no poder quanto el no querer me duele: la voluntad miro que dize no. Ay, mi señora, por qué dizes: «avnque pueda no quiero»? Assi respondes a mis seruios? assi desesperas a quien tu obediencia tiene por ley? Si me mandas echar en el fuego, sin tardança lo cumplire. Dexa, yo te suplico, esta palabra, e si no ay facultad no falte la voluntad. Pues con los ojos das vida, no mates con razones. Si hablar no te plaze porque no conuiene, obedecere. Mas muda aquella sentencia por la qual mi trabajo por baldio condenas. Vaya lexos tal crueldad. Sey más mansa con tu amante: que si assi lo continas, seras homicida. No dudes: más ligeramente matarás con disfauores que otro con espada. Quiero, como lo mandas, sufrirme de pedir otras cosas; que solamente me ames te pido de merced. No tienes razon de

contradezir: ninguno te puede esto vedar. Di que me amas, descansare. Mucho huelgo que mis joyas en qualquier manera ayas rescebido: alguna vez te traeran a la memoria mi amor. Muy pequeñas fueron, y menores las que agora embio: no las quieras menospreciar. La voluntad mira; mayores e más ricas las espero de mi tierra: como vengan seran tuyas. Tu anillo nunca caerá de mi dedo, y en tu lugar mill vezes lo besaré. Adios, mi deleyte, y el consuelo que es en tu mano me da.»

Assi dio fin a su carta Eurialo. Y como muchas vezes de la vna parte a la otra fuesse replicado, Lucrecia en tal manera escriuió:

LUCRECIA.

«Querriate complazer, Eurialo, y de mi amor te dar parte, porque tus costumbres y nobleza merecen que no ames en vano. Callar quiero quanto tu disposicion y hermosura me contentan, mas ni acostumbro amar, ni oso. Yo a mí por tal conozco, que ni sabre tener modo ni regla en el afficcion si vna vez comienço. Tú aqui no puedes mucho tiempo estar, ni yo despues de entrada en el juego podria sin ti biuir. Tú no me querras lleuar, ni yo quedar tú partiendo. Temor grande me ponen los enxemplos de muchas que de amantes estrangeros fueron desamparadas, para que no siga tu amor. Jason engañó a Medea, con el ayuda de la qual mató al valiente dragon y lleuó el vellocino de oro. Manjar fuera Theseo del Minotauro si por consejo de Ariadna no escapara, y despues la dexó en la yslandia desamparada. Qué dire de Dido malaenturada que al fuydo Eneas rescibió? por auentura no la mató amor estranero? Sé quanto es incierto y dudoso para no me auenturar a tantos peligros. Vosotros los varones soys de coraçones más firmes; mejor los movimientos refrenays. Las mugeres, quando locamente aman, con sola muerte se pueden atajar sus encendimientos. No aman, mas pierden el seso las hembras; e si al amor no corresponden, no ay cosa más terrib'e que ellas. Despues que el fuego es rescebido, ni curamos la fama ni la vida. Solo este remedio buscamos, que aya copia del amante. De lo que carecemos, aquello desseamos más: tanto que a nuestros desseos se satisfaga, ningun peligro tememos. Assi que vn solo remedio queda: cerrar la puerta al amor, e al tuyo mayormente, que no puede ser durable, por que no pueda ser dicha la rodopeya Philis o otra Sapho. Dexa, pues, de solicitar mi amor, y el tuyo poco a poco lo desecha. Quanto aquesto sea a vosotros más ligero que a las hembras, tú lo sabes; e si con verdad me amas, no deues querer aquello que sabes ser mi destruycion y muerte. Por tus empresas te tor-

no a embiar vna cruz de oro guarnecida de perlas, la qual, avnque breue, no carece de precio.»

No cessó Eurialo rescebida esta carta, mas encendido en la respuesta, tomó la peñola y vna carta escriuió a Lucrecia desta forma:

EURIALO.

«O ánima mia, Lucrecia, Dios te salue, que con tus letras me hazes saluo! Puesto que algo de hiel mezclaste, espero si me oyes lo quitaras. Vino a mis manos tu carta, muchas vezes la ley y en tu lugar besé, mas vna cosa me aconsejas y otra amonesta la carta. Mandasme que dexes tu amor porque no te conuiene participar en afficcion de estranero; y esto tan suave y dulcemente lo razones, que más me apremias en deuocion de tu prudencia que en oluidança de tu amor. Quién dexará de amar quando más sabia e discreta a su amiga conoce? Si menguar quieres mi amor, no me muestres tu discrecion: porque esto no lo encendido mata, mas de pequeña centella haze gran fuego. Yo viendo tu hermosura y honestidad, de mucha prudencia acompañadas, quando leya más me quemaua. Mandasme por tu carta que dexes de amar: ruega a las sierras e montes que se allanen, e los rios se tornen a sus fuentes, y más ligeramente lo acabarás que conmigo no amarte. Ni el sol puede dexar su curso, ni las sierras de Scicia las nieues, ni la mar los peçes, ni Eurialo olvidar a Lucrecia. No es ligero, como piensas, a los varones templar sus encendimientos, e lo que tú condenas en los hombres muchas vezes se halla en las hembras. No quiero sobre esto contender: conuieneme responder a lo que contra mí has dicho. Pones por excusa de no me amar las que de amor estranero fueron engañadas, e desto pones enxemplos: podria yo dezir muchos más que de sus amigas fueron desamparados: Troylo, hijo de Priamo, como sabes, de Griseyda fue engañado. A Deyfebo hizo traycion Helena. Circe a sus amantes con hechizos los conuertia en puercos y otros animales fieros. Mas no es justo por la malicia de pocos condenar a los muchos: porque si esse camino llenamos, tú por pocos malos a todos los varones acusarás y aborrecerás; yo por otras tantas malas condenaré y dañaré todas las hembras. Tomemos enxemplos fauorables y dexemos los contrarios: qué tal fue el amor de Marco Antonio con Cleopatra, notorio es. Y dexados de contar otros muchos que la breuedad de carta no consiente, tú leyste en Ouidio, despues de tomada Troya, quántos de los griegos boluiendo a sus tierras en el camino de amor fueron presos, que nunca a sus patrias tornaron, oluidando reynos, parientes y natu-

raleza, por complazer a sus amigas. Estas cosas considera, Lucrecia, y no aquellas que a nuestro amor son contrarias. Yo con voluntad de siempre amar te sigo. No me llares extraño, que más natural me haze tu amor que el que aqui nacio. Ninguna naturaleza tengo sino donde tú estouieres. Y avnque alguna vez de necesidad aya de partir, sin tardança boluere; ni yre en Alemania sino a despedirme y boluere a ti. Ligera causa hallaré de quedar contigo. Muchos negocios el Cesar tiene en esta tierra y comarca: todos los encomendará a mí. Su lugar teniente le conuiene dexar: yo lo sere. No dudes desto, Lucrecia, mi salud, mi esperança, mi coraçon: si sin éste puedo biuir, a ti podre dexar. Aue ya merced de tu amante que como niue al sol se desata y consume. Considera mis trabajos; pon fin a mis ansias y congoxas. Por qué tanto tiempo me fatigas? De mí me marauillo cómo tantos tormentos sofrir puedo, tantas noches sin sueño, tantos ayunos. Mira quán flaco ando, quán amarillo: ya muy poca sustancia es la que conserua el spiritu en compañía de la carne; ligero disfauor los partira si no socorres. Si todo tu linaje ouiesse muerto, qué mayores penas me podrias dar? Si assi me atormentas por amarte, qué haras al que te dessiruiere? Pues mi señora, mi salud, mi refrigerio, recibe en tu gracia, no me desesperes. Solamente te pido me escriuas, e como tuyo me ames: ninguna otra cosa demando; pueda yo dezirme tu sieruo, y más no quiero. Los cesares, los reyes aman sus sieruos siendo leales: no desdeñan de los amar sabiendo que ellos aman. Adios, mi esperança, mi temor, vida y muerte.»

Como torre que está cascada dentro e parece inexpunible por defuera, si combatida es con ingenios, luego cae, assi vencieron a Lucrecia las razones de Eurialo. E como abiertamente conosció las entrañas de su amante e su diligencia, descubriole el amor que hasta allí auia dissimulado; e con semejante carta se le manifesto:

LUCRECIA.

«No te puedo más resistir, Eurialo, ni de mi amor desesperarte. Vencisteme; ya soy tuya: haz de mí a tu plazer. O malaenturada de mí que tus letras recebi! A grandes peligros soy puesta, si tu fe e prudencia no me valen. Mira que guardes lo que por tus cartas prometes. Ya en tu amor consiento: si me desamparas, el más traydor e cruel de todos los hombres seras. Ligera cosa es de engañar vna hembra, e quanto más ligera tanto más torpe. Avn el negocio en buen estado es: si piensas desampararme, dimelo antes que el amor más se encienda. No comencemos cosa que nos pese auer

començado. En todas las cosas el fin se deve mirar. Yo muger no veo los inconuenientes: tú varon, ten de ti e de mí cuydado. Yo a tu fe me do e aquella seguire. No comienço a ser tuya sino para siempre. Adios, my guia y guarda de mi vida.»

Despues de aquesta, muchas cartas fueron embiadas de ambas partes; e nunca con tanto ardor escriuio Eurialo que con mayor heruor no respondiese Lucrecia: vno era ya el desseo de ambos de se juntar de consuno, mas muy difi cultoso e quasi impossible les parecia, segun las guardas de contino Lucrecia tenia. Nunca andaua ni estaua sola: ni Argos guardó la vaca de Juno con tanta diligencia quanta Menelao ponía en guardar a Lucrecia. Este vicio manifiesto es en los ytalianos: a sus mugeres más que a tesoro las encierran. A mi iuyzio, muy sin prouecho son: que si desta costumbre todas las henbras aquello que más les viedan codician con más heruor: lo que quierens aborrecen, lo que aborrecen quieren más. A éstas si les soltares la rienda, mucho menos pecaran. Es tan difi cil de guardar la que no quiere, como manada de pulgas en sol muy heruiente. Si de voluntad la muger no es casta, embalde pone cerraduras el marido. Pon guardas a la hembra, mas aquéllas quién las guardará? Cautas son las mugeres y por allí comiençan. No es animal domable la muger, y por tanto no cures ponerle freno.

Tenia Lucrecia vn hermano bastardo: a éste encomendaua sus cartas; a éste descubria sus secretos; con él embiaua sus mensajes a Eurialo; con éste concertó que lo recibiesse en casa. Moraua éste con la madre de Lucrecia su madrastra, a la qual Lucrecia muchas vezes visitaua, e della assi mesmo era visitada; tenian ambas alguna vezindad. El ardid fue tal que encerrado Eurialo en casa secretamente, Lucrecia fuesse a visitar la madre a tiempo que oyendo missa en la yglesia estouiesse, como si la ouiesse de hallar en casa. No la hallando fingiesse esperar, e en este tiempo podria holgar con Eurialo hasta que su madre viniesse. Este dia tenia asseñalado dos dias despues del concierto: los quales a los amantes parecieron años, como acaece, a los que bien esperan las oras son muy largas, e muy breues a los que temen. Mas no fauorecio la fortuna a sus desseos como esperauan: sentio las assenchanças la madre, porque venido el dia, saliendo la dueña de casa, echó el entonado fuera, el qual a los amantes el triste mensaje lleuó. No menos a Eurialo que a Lucrecia fue molesto, la qual como sentio el engaño descubierto: «No basta esto, dixo; busquemos otro camino: no sera poderosa mi madre dar desman a mis plazerens». Pandalo era pariente de su marido, al qual ya Lu-

crecia hiziera parte de sus secretos; no podia el coraçon ardiente holgar: auisó, pues, a Eurialo que con éste hable, e de su fidelidad lo haze cierto afirmandole que aquél puede dar orden y essecucion de sus desseos. Mas a Eurialo no le parecia seguro fiar de aquél, porque siempre lo via al lado de Menelao. Temor auia de engaño; y en quanto delibrana, mandole el Cesar yr a Roma e tratar con el papa de su coronacion, el qual negocio mucho fue triste a los amantes: mas conuenia obedecer el mando del emperador.

Fue por dos meses el camino, y en tanto queda Lucrecia bien sin abrigo: cierra las ventanas, vistese de tristeza, nunca fue vista salir de casa. Todos se marauillan, no saben la causa. Quasi viuda en todos sus autos se mostraua; e como si el sol eclipsara, parecia a los de casa estar en tinieblas; siempre como enferma está en la cama, nunca la veen alegre: buscanle remedios para el cuerpo, y la enfermedad mora en el ánima; nunca rie ni sale de la camara, fasta que por nueua cierta supo Eurialo ser venido. Entonces como de graue sueño despierta; dexadas las vestiduras de tristeza y guarnida de los primeros arreos, abrio sus ventanas y muy alegre lo esperó. La qual como vio el Cesar, dixo a Eurialo:

«Ya no ay de negar, descubierta es la celada; ninguno pudo ver a Lucrecia estando tú ausente: agora que boluiste, ya vemos el alua; encobrir no se puede el amor ni la tosse asconder.

—Burlas de mí como sueles, señor, dixo Eurialo. Yo no sé aquesto qué sea: el relincho de tus cauallos por ventura desperto a Lucrecia».

Y esto dicho, a hurto puso los ojos en ella e esta fue la primera vista despues de su tornada.

Pocos dias despues desto Niso, fiel compañero de Eurialo, andando ansioso por sacar de congoxa al amigo, espíó vna tauerna que a las espaldas de la posada de Menelao estaua, junto con la camara de Lucrecia. Hizo con el tauernero su concierto, el qual le metio en vn albañar que salia cerca de vna ventana de la camara de Lucrecia; y de allí lo lleuó a otra ventana bien cerca de aquélla. Visto el aparejo del lugar, traxo a Eurialo: «De aqui, dixo, podras ver y hablar a Lucrecia». Estouo allí Eurialo gran rato esperando si algun caso le mostrase a su amiga. No fue engañado: ahedo llega Lucrecia, y como a todas partes mirasse y no viese impedimento: «Qué hazes? dixo, gobernadora de mi vida. Dónde vas? luz de mi coraçon. Aca, aca buelne los ojos, anparo mio. Yo soy tu Eurialo, mirame.

—Tú aqui estás? mi señor, dixo Lucrecia. Y es verdad que hablarte puedo? Plugiese a Dios que abraçar.

—Esso a poca costa, dixo Eurialo, se hara: porne vna escala e podre entrar. Cierra la camara, mucho dilatamos ya el gozo de nuestros amores.

—Escusalo, mi Eurialo, si mi saluacion quierens, dixo Lucrecia. Vna ventana ay a la parte siniestra de vn mal vezino, y ni al tauernero deues dar mucha fe. Recaton es, y por poco precio nos vendera. Assaz basta que podamos aqui hablar quando necessario sea.

—Muerta es esta vista, dixo Eurialo, si vna vez no te abraçare e tenga en mis braços».

Muchos dias se hablaron en aquel lugar, y en vna caña se dauan e rescebían de vna parte a la otra muchas joyas. Ni Eurialo fue en esto más que Lucrecia liberal.

Sentio los engaños Sosias e consigo dize: «Embalde presumo resistir a las fuerças del amor. Si astutamente no proueo, perecera mi señora y la casa sera infamada; e destos males, pues más no puedo, assaz me basta escusar el vno. Que tenga amores mi señora, poco daño traera si secreta e discretamente se negociare: ella es ciega con el amor, ningun inconueniente mira. Si la castidad no se puede conseruar, bastará quitar el rumor, por que la casa no sea infamada y no suceda en muerte e otros daños. Yo obuie lo que pude por remediar estos males; pues no se pueden del todo atajar, a mí conuiene curarlo por que lo mal hecho al menos sea secreto. Poca diferencia ay entre no lo hazer o assi obrar que no se sepa. Comun mal es el cuerno, y pocos ay que no alcancen de su pestilencia parte, y la más cauta es tenida por más casta.»

Razonando assi consigo, salio Lucrecia de la camara, y llegado a ella dixo:

«Qué cosa es, señora, que no comunicas conmigo cosa de tus amores? Bien sé que del todo amas a Eurialo y que de algunos fias: mira a quién des fe. Cata que la primera grada de prudencia es no amar. La segunda que, assi ames, que sea secreto. Sola, sin tercero, no lo puedes hazer. Mucho tiempo sabes cuánta fe y lealtad te tengo; si algo quierens, manda, que yo obedecere y porne en essecucion. Mucho cuydado tengo que tu amor sea secreto, por que no rescibas daño ni tu marido ande por lenguas del pueblo.

—Assi es como lo dizes, respondió Lucrecia, y mucha confiança tengo de ti; mas hasme parecido no sé a qué causa muy negligente e contrario a mis desseos. Agora que de tu voluntad te offresces, vsare de tu seruicio, bien sé que no me engañaras. Ya sabes cuánto ardo, yo mucho tiempo no puedo sufrir esta llama; ayudame como podamos, Eurialo e yo, ser de consuno: él de amores es enfermo e yo mnero, ninguna cosa ay más graue que resistir a nues-

tros desseos. Si sola vna vez nos juntares, más templadamente amaremos y sera encubierto nuestro amor. Ve, pues, a Eurialo, dile que solo vn camino ay para que a mí venga: si de aqui a quatro dias que los labradores traeran pan por sus jornales e en el abito de aquellos lo traxiere a sus cuestras, podra sobir por el escalera con su capote e costal como jornalero, el qual, como tú sabes, passara por ante la puerta de mi camara a descargar en la panera; quedará el postrimero, e a la buelta abrirá mi camara, y para entonces yo estare dentro sola: assi podra entrar y rescebir la paga de su jornal.»

Sosias, avnque le parecio la paga del jornal de Eurialo assaz ardua y peligrosa, con temor de otro mayor peligro acetó el mensaje, e hallado Eurialo, todo por orden ge lo contó. El qual, juzgandolo por cosa ligera, de muy buena voluntad se ofrecio a la obra, e de ninguna cosa sino de la tardança se quexa.

O cabeça sin seso de amante, o voluntad ciega, o ánima osada y coraçon sin temor! qué cosa es tan grande que pequeña no te parezca? qué tan barrancosa que no pienses llana? qué tan cerrada que no te sea abierta? Tú todo peligro tienes en poco, a ti ninguna cosa es difi cultosa. Quanto a ti, ninguna es la guarda del marido, ningunas leyes obedeces. Ningun miedo ni verguença temes. Todo trabajo te es deleytable. Ninguna cosa te resiste. O amor domador de todas las cosas! tú vn priuado e el más principal de la casa de Cesar, bastecido de muchas riquezas en hedad e discrecion, prudente e muy leydo, alla lo lleuas donde dexado el carmesi se viste de capote de sayal, con el qual cubra su cara y de señor se torne sieruo! e el que en mucho deleyte fue criado ya apareja sus hombros a la carga e por público ganapan se alquila en el mercado! O cosa de marauillar! difi cultosa cosa de creer! vn varon de mucha grauedad verlo en compañía de ganapanes, entre aquella hez e suziedad de hombres, que busque quien le alquile para lleuar cargos. Quién buscara en los poetas mayor trasformacion? Esto es lo que Ouidio quiere en su Methamorphoseos quando escriue los hombres ser hechos piedras o bestias. Esto sentio el mayor de los poetas, Virgilio, quando dixo la diosa Circe auer conuertido los amantes en bestias fieras. Porque assi es que del fuego de amor, de tal manera se enagena la voluntad del amante, que poca diferencia es entre él e las bestias.

Ya, pues, el aurora o alua se leuantaua de la açafanada cama de Titon su marido, e traya el claro dia de los amantes desseado, y Apolo con sus rayos buelne a todas las cosas su color y a el esperante Eurialo recrea; el qual enton-